



Fernando Moreno: UNA VIDA MARCADA POR EL AMOR

Fernando Moreno partió a la casa del Padre un 9 de mayo de 2020, un día después de cumplir 84 años. Fue un gran tomista, un filósofo profundo, un católico fiel a su Iglesia, pero sobre todo un buen hombre. Esbozar una semblanza de su persona es un doble desafío. Primero porque hay mucho que decir en poco espacio, corriendo de este modo, el peligro de omitir aspectos relevantes de su persona. El segundo desafío estriba alcanzar un justo equilibrio, de modo tal que nuestras palabras no caigan en un panegírico, pero tampoco sean mezquinas

La larga y fecunda vida de Fernando Moreno Valencia estuvo marcada por el amor, a saber: por su ineludible amor a la verdad; su inquebrantable amor a Dios y a su Iglesia; su profundo amor al prójimo.

En las líneas que siguen retrataremos, con trazos quizá algo toscos, el itinerario espiritual de una persona que puso su inteligencia al servicio de la verdad, de la fe y de las personas.

Su ineludible amor a la verdad

Su amor por la verdad se manifestó a temprana edad, y fue acompañado de una gran capacidad intelectual, aspecto que descubrió tempranamente su amigo y director espiritual Monseñor Manuel Larraín, quien lo bautizó como “petit Jacques”, por su temprana fascinación intelectual por el filósofo francés Jacques Maritain. Fue el en ese entonces Obispo de Talca uno de los primeros en iniciarlo en la lectura de Maritain.

En el año 1954, a la sazón con 18 años entra a estudiar Medicina en la Universidad de Chile, pero su vocación era claramente filosófica, como él mismo lo comenta en sus memorias: “viviendo grata y acogedoramente en casa de mi primo Ramón Moreno, en Santiago, no leía ni preparaba, sino el mínimo necesario para cumplir con el estudio exigido por las materias y cátedras (anatomía, física médica, estadística...) Pero sí, leía con gozo y fruición –no el Testut Latarjet- sino diversos libros de filosofía; varios de los cuales, me fueron recomendados por mi parienta Pía Barros. Entre otros –pero no cualquiera- “Humanismo Integral” de Jacques Maritain (!)”.

Pese a que obtuvo buenas calificaciones lo suyo era la filosofía y abandona la carrera. Regresa a Talca. Trabaja primero tres meses como empleado bancario y luego un año en el Banco de Chile en Santiago. Pero el deseo de “saber lo que es”, según la profunda expresión de Raissa Maritain, se iba abriendo

paso en este incipiente filósofo. Su ímpetu por querer conocer la verdad lo llevó a recluírse durante un año en el campo de su abuela Blanca Rondanelli en Cauquenes. Acompañado de un cargamento de libros de filosofía se instala en la vieja casona del Fundo, soportando el frío, “mucho frío” según nos ha comentado. Refiriéndose a ese período nos dice: “fue un año de estudio intenso, a veces gratamente interrumpido por algún viaje a Talca, a Cauquenes, o aún a Santiago”. Vive austeramente, come escasamente y lee incesantemente. Su vocación filosófica, que no era otra cosa que responder a las más profundas exigencias del alma, lo lleva a tomar la decisión, según el mismo Fernando “con las patas y el buche”, de viajar a Francia para estudiar en la Sorbonne, “pero en fidelidad a Maritain”, que, dicho sea de paso, en esa época vivía en EEUU. El año 1959 con 23 años llega a París, donde permaneció un año, período en el cual estudió filosofía como alumno libre en la Universidad de París, asistiendo a los cursos impartidos por prestigiosos académicos, como Jean Hypolitte. Pero, al igual que Jacques y Raissa Maritain a principios del 1900 en la Sorbonne, Fernando no se deslumbra con estos profesores. Él intuye que la verdad, si se le permite la expresión, no habita en aquellas aulas. Él estaba sediento de sabiduría, no de erudición o curiosidad. En consecuencia, esa alma hambrienta de verdad, sólo podía ser saciada con la filosofía perenne de Tomás de Aquino y Maritain y no con las filosofías en boga que poblaban el paisaje filosófico parisino. Fiel a la famosa sentencia de Aristóteles, “soy amigo de Platón pero más amigo soy de la verdad”, decide regresar a Chile. Se embarca hacia Buenos Aires con solo literalmente un dólar en el bolsillo.

De regreso en Chile trabaja como martillero de animales de la Feria de los Agricultores de Talca. Esta actividad muy poco académica como podrán imaginar, no lo aleja de la filosofía. Los viajes a “martillar” a las Ferias de Parral y San Javier, se hacían en un taxi de alquiler; en el que además de los dos Martilleros, viajaban dos otros empleados para cuentas y liquidaciones. Aprovechando el tiempo de viaje, leía durante todo el trayecto ida y vuelta, algún libro de Filosofía en francés. Más tarde, se enteró que lo creían no sólo raro o atípico, sino “loco”.

Su incansable búsqueda de la verdad lo lleva a tomar otra importante decisión. En el año 1967 la familia, compuesta por su esposa y compañera de toda la vida, Margarita Schmidt y sus dos hijos, parte rumbo a Bélgica. En sus primeros años de estadía vive muy austeramente. Pese a las dificultades económicas que tuvo que enfrentar, obtiene su doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, permaneciendo en Europa hasta 1975. Ese año regresa a Chile a desempeñarse como Vicerrector Académico de ILADES, institución que debió abandonar después de algunos años, porque la situación se hacía insostenible debido a su valiente denuncia de la Teología de la Liberación. Se desempeñó, además, dos años en la Pontificia Universidad Católica como profesor titular y tras un breve paso por Ciencia Política de la Universidad de Chile, llegó a la Universidad Gabriela Mistral en la cual permaneció hasta su retiro el 2015.

Aunque en Bélgica sus estudios se orientan hacia la Ciencia Política nunca abandona el estudio de la filosofía y la teología. Entre 1976 y 1984, asiste regularmente a los seminarios anuales de Filosofía y Teología de la Asociación Internacional Jacques et Raissa Maritain, en Estrasburgo. Fernando Moreno fue un tomista destacado. El Aquinate junto a Maritain fueron sus dos maestros intelectuales. Tanto en sus libros de filosofía política, como los dedicados a la doctrina social de la Iglesia el pensamiento de Tomás de Aquino se ve no solo reflejado sino, además, en alguna medida actualizado. Me atrevo a decir, que Fernando Moreno, prolonga a Santo Tomás en sus obras académicas. Esto es particularmente claro en sus libros “Utopía, Ideología y Totalitarismo”, “Reflexiones sobre la Democracia”, “Fundamentos de Ciencias Sociales” y “Lo Cristiano y lo Político”.

Su amor a Dios y a la Iglesia

Su irrenunciable amor a la verdad, debe ser ubicado en una perspectiva mayor, a saber: en el amor a Dios y a la Iglesia. Es aquí donde la búsqueda y comunicación de la verdad adquieren pleno sentido, pues, en última instancia, Dios es la Verdad misma y la Iglesia su depositaria. Fernando es un filósofo de una fe profunda. Su razón estuvo al servicio de la fe. Así como Maritain llamará a Tomás de Aquino el “apóstol de los tiempos modernos”, Fernando Moreno puede ser llamado con toda propiedad un “apóstol de los tiempos post-modernos”, o “un decidor de verdades”, según la expresión de Hannah Arendt. Él sirvió a Dios y a su Iglesia a través de su enorme aporte intelectual, fundamentalmente en las áreas de la doctrina social de la Iglesia, de la teología y de la filosofía. Pero más aún, él ha contribuido con su ejemplo de vida y testimonio. En más de alguna ocasión fue instrumento de conversión.

Este mismo amor a la Iglesia lo llevó a denunciar en el año 1983 la denominada Teología de la Liberación. El aporte que él hizo, no sólo denunciando este flagelo, sino también precisando lo que realmente significa la opción por los pobres, ha sido reconocido no sólo en Latinoamérica,

sino también en Europa y nos atreveríamos a decir, que entre aquellos que le agradecieron, se cuentan san Juan Pablo II y el Papa Emérito Benedicto XVI. Fue un cercano colaborador de san Juan Pablo II y colaborador y amigo por más de veinte años del Cardenal Ratzinger. Durante varios años fue consultor del CELAM y consultor del Secretariado Pontificio para los No Creyentes. Su amor al prójimo

Se suele representar al filósofo como una persona absorta en sus ideas, abstraído de la realidad, encerrado en sí mismo, más bien parco en el trato y carente de humor. El filósofo sería una persona tan ensimismada en sus ideas que se olvida de las personas. Fernando Moreno está muy lejos de aquella descripción. Él se encuentra en las antípodas de esos intelectuales. Fiel discípulo de Tomás de Aquino, no fue de aquellos que reflexionó de espaldas a la realidad, o pensó el mundo desde su torre de marfil. Muy por el contrario, este hombre de una humildad pasmosa, que nunca se ufano de sus conocimientos, ni de sus éxitos, ni de sus importantes amistades dio testimonio durante toda su vida de una preocupación real por el prójimo. Siendo muy joven en el campo de su abuela, y con el apoyo de ella y de un préstamo logró “arreglar y mejorar las seis casas de los inquilinos y la del Mayordomo del Fundo” nos cuenta en sus Memorias. Acción que lo hizo sospechoso de ser comunista. El hizo de su vida un permanente cultivo de la amistad.

Pero Fernando Moreno no solo se preocupó realmente de los más pobres o desvalidos, sino también de sus alumnos en Chile y el extranjero. Han pasado más de 58 años desde que comenzará su labor docente, impartiendo el curso de Cultura Católica en el Instituto Comercial de Talca. En estos largos años, desde la sencillez de las aulas estableció y promovió un diálogo permanente, despertando muchas vocaciones filosóficas y formando discípulos. Estos como sabemos no se improvisan, ni surgen de la mera recepción de algunos contenidos filosóficos. El discípulo nace en la íntima comunión de la inteligencia y el afecto que se genera entre aquel que enseña con autoridad y ama lo que enseña, y aquel que aprende y ama lo que aprende. La relación maestro/discípulo no es posible, entonces, si por un lado, no hay un magister que ama y cree en lo que enseña, y por otro, un discípulo humilde y perseverante, que se quiera dejar formar, todo esto en el marco de la amistad, y Fernando Moreno a través de los años cultivó muchas amistades, más allá de los credos religiosos, las tradiciones filosóficas o las ideas políticas. En julio de 1979 en conjunto con algunos alumnos, de ese entonces, la Universidad Técnica del Estado formó el Grupo Jacques et Raissa Maritain. Moreno formó escuela, siempre en comunión con el pensamiento de su maestro Tomás de Aquino.

Fernando Moreno fue una persona de una inteligencia excepcional, como lo demuestra su vasta obra académica, poseedor también de una voluntad recia, como lo ha testimoniado a través de los años, en su permanente defensa de la verdad y la fe, pese a todos los ataques en su contra. Pero además, poseyó un corazón cálido y generoso. Este hombre sabio y valiente, que no temió proclamar la verdad a tiempo y destiempo, en la academia o la plaza pública, nos enseñó con su ejemplo de vida que el mejor homenaje que podemos rendirle, al menos los que nos dedicamos a la vida académica, es intentar desde nuestras propias disciplinas, despertar también en nuestros alumnos el amor por la verdad.

EUGENIO YAÑEZ

Director Instituto de Filosofía
Universidad San Sebastián